

XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

Experiencia, curso de vida y envejecimiento.

Gustavo Mariluz.

Cita:

Gustavo Mariluz (2015). *Experiencia, curso de vida y envejecimiento*. XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/1091>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EXPERIENCIA, CURSO DE VIDA Y ENVEJECIMIENTO

Gustavo Mariluz.-

Resumen

Para el pragmatismo norteamericano, la experiencia no sólo es la acción social que lleva adelante el sujeto sino una particular forma de aprendizaje. Pero hay también otras miradas sobre el mismo concepto. La experiencia, como forma de aprendizaje, es una mirada fuertemente influida por el pensador norteamericano John Dewey (1859-1952). Desde esta óptica es posible vincular este particular concepto de experiencia no sólo con el sistema estratificado de edades sino también con el curso de la vida y el proceso de envejecimiento. La idea central de esta ponencia es que hay una fuerte imbricación entre el despliegue de la experiencia y la teoría de los roles, y la clave para entender esta imbricación está dada por el sistema estratificado de edades las que se vinculan, también, con el curso de la vida.

Introducción

La experiencia ocurre continuamente porque la interacción de la criatura viviente y las condiciones que la rodean está implicada en el proceso mismo de la vida.

John Dewey

El hombre es un ser existencial que adviene a la vida. Su cuerpo será el sostén material en donde se apoya, por decir así, esa existencia que se desarrolla en el tiempo que, al ser significado por la conciencia del ser, se transforma en temporalidad. El mismo cuerpo, con sus transformaciones, es un indicador del fluir del tiempo. Todo lo que cambia es un indicador del “paso” del tiempo.

Cómo el ser debe significar los eventos que acontecen en su vida para poder no sólo comprenderlos sino para aprovecharse de ellos de forma eficaz, ha desarrollado en este tema, un sistema estratificado de edades que no sólo significan esos cambios sino que también son sistemas de expectativas de rol que dotan de cierta predictibilidad algunos aconteceres que sucederán a lo largo del curso de la vida.

Dentro de estas expectativas se encuentran “anidadas” algunas tareas que son propias de la edad; cuando se es mujer y se es, además, madre, la sociedad espera ciertas conductas en relación al cuidado del niño, a su educación, a su protección, etc. Si se es varón en una comunidad rural, se espera que, a cierta edad, se colabore con las tareas del campo en relación a la siembra, cosecha, reparación de maquinaria e incluso venta de lo producido. Todas estas acciones, y muchas más que deberá realizar el ser a lo largo de su vida, son acciones sociales y pueden ser enmarcadas en el concepto de experiencia tal como lo estoy señalando aquí. Para el Diccionario de la Real Academia Española la experiencia es un conocimiento que se adquiere con la práctica pero también es una práctica

prolongada que proporciona conocimiento o una habilidad especial para el desarrollo de “algo”, es el “hecho” (sic) de haber presenciado o experimentado “algo” y, finalmente, es una circunstancia o un acontecimiento “vivido” por una persona. Aquí, experiencia es también “vivencia de...” que es lo experimentado.

Estas dos acepciones para la palabra experiencia también son recepcionadas en el idioma alemán. Para el autor polaco Zygmunt Bauman (2014) la experiencia es tanto *erfahrungen* como *erlebnisse*. Bauman entiende como *erfahrungen* “...lo que me ocurre a mí cuando interactúo con el mundo” (Bauman 2014:22) en tanto que *erlebnisse* es “...aquello que *experimento* en el curso de ese encuentro...”¹ y se acerca más a mi concepto de “vivencia de...”. *Erfahrungen* debe ser entendida como la experiencia “más” objetiva mientras que *erlebnisse* es clara y abiertamente subjetiva y representa las repercusiones emocionales del hecho. Mateu Cabot, que analiza el concepto de experiencia de Walter Benjamin, nos dice que:

...entendemos por “experiencia”, concedámoslo de momento, las estructuras cognitivas y pragmáticas eficaces para la supervivencia y transmitidas desde el nacimiento (aprovechando el nacimiento inmaduro de la especie humana) y, además, que estas estructuras sirven en nuestro estar-en-el mundo como lo mediano (en el sentido de *Ser y tiempo* de Heidegger)... (Cabot 2014: 10)

Lo interesante tanto de Bauman como de Benjamin, que se refieren a *erfahrungen* y *erlebnisse*, es que rescatan no solo el aspecto material y objetivo de la acción social experiencial sino también el aspecto más existencialista que también colabora con la construcción del mundo a la manera que refiere Heidegger, y que se vinculan con el núcleo de esta ponencia que es vincular a la experiencia como una *praxis* social particular del ser que no sólo “hace” mundo sino que también implica un devenir temporal y, al hacerlo, impacta en el mismo ser constructor del mundo. El ser, por medio de la experiencia, se construye a sí mismo y al mundo que lo tiene como protagonista. En este devenir experiencial, el ser envejece; de tal manera que, experienciando, si es que se puede decir así, va fluyendo existencialmente “en-el-mundo”. Este es un punto nodal en mi argumentación. Espero que con el transcurso del escrito se vaya aclarando.

Todas estas definiciones no impugnan sino que perfeccionan, por decir así, la mirada que tiene John Dewey sobre experiencia ya que este pensador considera que es gracias a la experiencia que el hombre puede conocer, y si yo manejaba en líneas precedentes, el concepto de eficacia, Dewey, junto con James y muy probablemente Pierce, que son los fundadores del pragmatismo norteamericano, serán más claros al postular que la experiencia sólo es real cuando es útil y que es uno de los núcleos fundacionales de la escuela pragmática.

¹ En el original.

En esta ponencia, me alejaré de ciertos principios pragmatistas como el que postula que lo real es lo útil y haré mayor hincapié en el concepto de experiencia como uno de los pasos para el conocimiento del mundo y también, lo que me interesa destacar, es la experiencia entendida como la “vivencia de...” lo que experimentamos.

1 Experiencia y realidad

Uno de los primeros aspectos que se deben considerar a la hora de analizar la experiencia es que ella se despliega en la realidad. Hay varias formas de entender y de definir la realidad, algunas coincidentes y otras francamente contradictorias. La realidad, como cualidad de lo real, indica que hay “algo” que existe verdadera y efectivamente. Otra mirada sobre el mismo concepto, alude a aquello que es efectivo o que tiene valor práctico y este es el punto que más se liga con el pragmatismo. La realidad como verdad es una idea heredada del hegelianismo que postula que todo lo real es racional, y por lo tanto verdadero. En Hegel hay que entender que la realidad se entiende bajo dos formas:

- *Realität*: realidad sensible, reino de la empiria. Son las “cosas” que existen “en-el-mundo” captadas por la sensibilidad del ser. También puede ser traducido como “realista”.
- *Wirklichkeit*: Es la realidad “efectiva”, la que está atravesada por el concepto.

Para Hegel, la *realität* es lo “menos” real ya que los sentidos pueden engañarnos y este tipo de realidad es menos racional y, como tal, “menos” real, en tanto que *wirklichkeit* es la expresión del espíritu en su devenir histórico y, dentro del marco teórico que estoy manejando, se relaciona fuertemente con la temporalidad y de allí la vinculación con esta ponencia.

La experiencia, entonces, encuentra las posibilidades de su despliegue en la realidad no sólo como campo de lo sensible sino también como expresión positiva, por decir así, del accionar humano. Este accionar no se halla desencajado o “flotando” “en-la” realidad sino que está anclado en ella y este anclaje es resultado de un complejo proceso de construcción social que la hace. Si mis argumentos son correctos, eso quiere decir que la experiencia desplegada “en-el-mundo” y “en-la-temporalidad” son acciones constructoras de ese mismo mundo y lo afectan tanto como este mundo al ser. De esta manera, la experiencia puede ser analizada como dotada de dos particularidades: construye mundo en forma directa y, al mismo tiempo, esta construcción afecta al ser que despliega su existencia en ese mismo mundo. Lo importante a considerar en mi argumentación es que tener certeza de la experiencia es comprobar la temporalidad pues no podemos pensar que la experiencia se despliegue no vinculada al transcurso del tiempo. Analicemos un poco más esta idea.

2. Experiencia y temporalidad. Roles

Decía que la experiencia construye mundo en una temporalidad, eso quiere decir que, si la existencia del ser se va modificando con el transcurso del tiempo, es posible pensar que la experiencia que ese ser despliega en este mundo y en esta temporalidad, puede estar afectada por ese mismo transcurso del tiempo. Esta hipótesis cobra mayor relevancia cuando vemos, en nuestro trabajo de campo, que es efectivamente así en relación a los roles que desempeñamos de acuerdo a los cambios de nuestro cuerpo que son inevitables. La vida, como potencia, “empuja” al organismo a su propia modificación. Si no sobreviene la muerte, nuestro cuerpo cumplirá lo que su programa genético tiene dispuesto y ese programa contiene lo que hemos definido como proceso de envejecimiento. A nadie le llama la atención, entonces, observar como los cuerpos cambian “junto” con el tiempo de existencia. En esto reside, simplemente, el proceso de envejecimiento. Las llamadas “marcas” del envejecimiento (arrugas, canas, anteojos, bastones, etc.) son los indicadores más visibles de ese proceso.

Si bien es posible considerar a la experiencia como un tipo de acción práctica sobre un contexto espacial, también es posible afirmar que esa acción práctica va cobrando diferentes sentidos ligados a esos cambios corporales. Si miramos la acción de la experiencia desde la simple inversión de recursos físicos y mecánicos, no percibiremos la significación que esos recursos pueden adquirir con el paso de los años. Esta significación a la que me refiero, está fuertemente condicionada por los roles que desempeñaremos a lo largo de nuestra vida, de tal manera que, a partir del análisis de los roles sociales que desplegaremos en nuestra existencia, es posible advertir una ligazón entre ellos y el despliegue de la experiencia.

3. Experiencia y edades

Decir que la experiencia estará ligada a los roles, nos brinda un marco teórico para entender, desde la mirada pragmática, a que obedecen los sistemas estratificados de edades.

Las sociedades necesitan crear algún tipo de sistema para comprender los cambios en el cuerpo, en los modos de aprendizaje, etc. No sé si ha sido una necesidad de la evolución o adaptaciones más ligada a lo social que a lo biológico pero lo cierto es que todas las sociedades conocidas adscriben a sus miembros en sistemas de edades las que, se debe decir, no necesariamente son estrictamente cronológicas aunque no pueden existir por fuera de un orden temporal que defina un orden cronológico ligado al paso de los años. Ya sea debido a manifestaciones corporales visibles (aparición de vello, menarca, cambios en la voz, etc.) o a expectativas sociales en virtud de maduraciones físicas y cognitivas (aprendizaje de tareas rurales o domésticas, dominio de saberes laborales, de caza, etc.), los sujetos son adscriptos a estos sistemas e incluso es posible advertir que, junto con

la edad, esta adscripción también incorpora al género. El lenguaje recepta esta particularidad definiendo edades similares para individuos pero las nombra con diferentes palabras según el sexo. En la cultura occidental, niño o niña es la adscripción para cierta edad cronológica, digamos hasta los diez años, pero en otras culturas la misma edad puede ser nominada con nombres diferentes según el género. En la cultura Qom, del grupo Guaycurú en Sudamérica, hay nominaciones diferentes según género:

- Entre 16 y 18 años: *Nsok* (Hombre), *Campig* (mujer).
- 60 años y más: *lajaikí* (hombre), *lagainá* (mujer).
- Cuando se tienen nietos (abuelos): *Igual* (un solo nieto), *Igual-Pi* (varios nietos)
- La última edad, antes de la muerte (vejez): *lape* (hombre), *Komé* (mujer)

En estos ejemplos se puede apreciar no solo la adscripción de edades de acuerdo a criterios no necesariamente cronológicos sino también la nominación de estas edades de acuerdo al género y a la cantidad de nietos. Como un dato anecdótico, se debe decir que los sistemas estratificados de edad también están fuertemente relacionados con los modos de producción así, entonces, en una comunidad cazadora, las transiciones entre las edades estarán regladas por los saberes necesarios relativos a la caza y los nombres de edades estarán estrechamente ligados a ese marco representacional y lo mismo sucede para las comunidades agrícolas. La cultura occidental moderna suplantó las viejas edades de la Edad Media, si bien manteniendo sus nombres, por las configuraciones etáreas propias y determinadas para un orden industrial y post industrial. Por eso no sorprende que en la actualidad escuchemos términos como primera infancia, primera adolescencia, adolescencia tardía, pre madurez, madurez tardía, tercera edad, cuarta edad, etc.

Las edades, en consecuencia, no sólo crean expectativas de rol sino que también operan como disposiciones para la acción social y comunitaria proponiendo tareas, responsabilidades, prohibiciones, etc., que dotan de predictibilidad y esperanza el futuro cercano de la sociedad. Es gracias a este sistema estratificado de edades y al sistema normativo imperante en la sociedad, por fuera del marco político y económico, que los seres no solo “sabemos” que se espera de nosotros sino también “sabemos” que es lo que no debemos hacer. Los sistemas de edades son, en consecuencia, una parte importante dentro de la teoría de los roles sujetos a edad, y formas históricas de adscripción social de los miembros de una sociedad cuyo objetivo es dictar dispositivos –Bourdieu (2007) lo llamaría “habitus”²- de acción social esperados y estimulados por la sociedad.

² Es muy conocida y difundida la noción de Bourdieu en relación al “habitus”. A mí me interesa particularmente cuando lo entiende cómo “...principios generadores y organizadores de prácticas y representación que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito

4. Experiencia y cotidianeidad. Organización de y en la vida

La existencia del ser puede ser entendida como un fluir en la realidad. La realidad es, para mi mirada, el entrelazamiento de una temporalidad y una cotidianeidad – entendida dentro de esa misma temporalidad- y que, al mismo tiempo, están ancladas, por decir así, en una espacialidad. El concepto que me interesa destacar en esta triple relación es el de cotidianeidad porque es el que más nos vincula con el objetivo de esta ponencia. Entiendo como cotidianeidad, para aclarar el párrafo, a una temporalidad de raíz rutinaria que posibilita el desarrollo de la existencia del ser desde su aspecto material. La sociología de la vida cotidiana³ es una disciplina propia de la ciencia social y ella nos permite desplegar la logística básica para nuestra existencia material. Todo ser, entonces, tiene una vida cotidiana rutinaria.

En la cotidianeidad se inscriben, se institucionalizan, determinadas acciones que la definirán como tal. La cotidianeidad es entendida, generalmente, como aquello que sucede normalmente a diario. Para mi mirada, ese “normalmente a diario” es resultado de un proceso socio histórico que define las particularidades de cada sociedad. Para una cultura cazadora lo cotidiano será salir al monte o a la llanura a cazar y retornar a la comunidad con el producto de la expedición de caza, para una comunidad recolectora, lo cotidiano será salir al monte o a la playa a recoger lo que cae de los árboles o lo que la marea deja entre las rocas, en una cultura urbana, lo cotidiano será movilizarse en transportes públicos para concurrir el trabajo, ir al supermercado a comprar lo necesario para la alimentación, la limpieza, etc.

Si entendemos que existe un enlazamiento entre las edades y la cotidianeidad, notaremos que esa relación también es resultado de un proceso de origen socio histórico. El ser se inserta en esa cotidianeidad desde una edad y un rol que determina obligaciones. Ligado a lo dicho, notamos que si bien la cotidianeidad es continua, es decir, no hay generalmente grandes saltos, por decir así, que la modifiquen, si hay, en cambio, ritos que legitiman las edades a las que el ser es adscripto. En este punto, se relacionan, entonces, las edades del ser, los roles que él debe cumplir, su inserción en una realidad que asume la característica de cotidianeidad y los cambios que todo este complejo implica a partir del paso del tiempo. Podemos decir, a partir de lo enunciado, que todo esto es una característica de la existencia.

Esta existencia cotidiana se da al ser de una forma organizada aunque esta organización no sea todo lo rígida que la palabra parece indicar. Digo que está organizada porque, a partir de la teoría de los roles ligados a la edad, no podemos, por más que queramos, hacer “cualquier cosa” porque estaríamos

consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos...” (Bourdieu 2007:86)

³ Para una profundización sobre sociología de la vida cotidiana Cfr Wolf (1979) y Lifszyc (2001)

sometidos a ciertos dispositivos disciplinadores que nos conminan a realizar las tareas que se esperan que cumplamos. Lo que quiero decir es que es a nivel de expectativas lo que esperamos y no una obligación estricta ya que siempre hay espacios de autonomía, cuando no de rebeldía, que propician el cambio social. Lo que me interesa resaltar es que, en términos generales, tanto la existencia como la cotidianeidad están organizadas a grandes rasgos y el objeto de esta organización es la predictibilidad y la estabilidad de todo el sistema social. A partir de esta organización, de la continuidad de la existencia cotidiana, es posible pensar que el despliegue de todo este complejo conceptual puede asumir la forma de un curso esperado de la vida lo que conformará, desde esta mirada, un paradigma que, en la literatura gerontológica, es conocido como el Paradigma del Curso de la Vida.

5. Experiencia y curso de la vida

Si entendemos a la existencia como un fluir, la idea de curso acompañará y reforzará esta idea añadiéndole un *plus* que es el de la organización. La diferencia que me interesa marcar entre curso y fluir o devenir es que el primero admite ciertas pautas organizacionales y hasta estructurales y el fluir, si lo hace, lo admite mínimamente. El curso, en consecuencia, puede ser entendido como ligado a una especie de teleología aunque quizás este entendimiento sea un poco exagerado.

Digo que podemos considerar al curso como una teleología porque considero que existir es tender hacia un fin, no como un destino prefijado sino como corolario de esa misma existencia. Lo que quiero decir es que si bien la existencia es la concreción de una de las posibilidades que se le ofrece al ser, esa misma concreción supone un fin entendido bajo el formato, si es que se puede decir así, de una consumación. Esta consumación se concretará con la muerte. Con ella, el ser está completo. (Heidegger 2007)

Debido a la cotidianeidad existencial, estamos casi obligados a transcurrir este curso desde el rol adherido a la edad, y cómo todo rol porta en sí mismo una expectativa de rol, eso implica que esa expectativa de rol se cumple en un acto, en una acción es decir, en la experiencia.

Todo curso de vida se cursa en forma individual pero, analizando y comprendiendo esas individualidades, podemos notar ciertas regularidades empíricas que son las que permiten considerar a este curso como resultado de un proceso social. La teoría de los roles debe ser entendida como la articulación entre lo social y lo individual ya que cada rol es resultado de un proceso de sedimentación social de origen histórico pero su experiencia, cómo *praxis*, es individual. Cada individuo encorsetado en el rol lo ejerce individualmente aunque arrastre, como dije, condicionamientos sociales.

Cuando a la teoría del curso de la vida le añadimos lo que vengo sosteniendo en esta ponencia en relación a las expectativas de rol según edad, podemos entender

que en el curso de la vida, habrá puntos en ese recorrido que deberán ser comunes a todos los que cumplen el rol. Así, entonces, es esperable que un sujeto con capacidad reproductora sea efectivamente padre o madre y cumpla, asimismo, lo que ese rol impone: cuidado, mantenimiento, educación, etc., de su hijo. De esta manera notaremos que en el recorrido que impone la organización del curso de la vida, existirán puntos comunes por los que deberán pasar cada uno de los sujetos y que definen modos de existencias típicos los que, no casualmente, estarán definidos por la estructura social y los complejos culturales (Grimson 2011) que cada sociedad se ha dado a sí misma. Por eso decía en líneas precedentes, que la existencia se da de forma ordenada y continua, más allá de que se puedan admitir determinados saltos. Entendiendo a la existencia y al curso de la vida adherido a ella como formas tipificadas de existencia, es posible advertir las continuidades y las rupturas que este mismo curso admite. En el análisis de la imbricación entre la existencia y el curso de la vida que determinará un modo de existencia –tipificado- encontraremos que habrá eventos esperados y eventos inesperados los que acontecerán en la vida del sujeto. Estos eventos, y su forma de impacto en la existencia, pueden adquirir importancia, si esa existencia, entendida a la manera de Heidegger (abierta a las posibilidades existenciales) cambia su trayectoria –su teleología- y este cambio es resultado directo de ese mismo impacto. Si así sucede, ese impacto asume la fuerza de un punto de inflexión pues la existencia dejó de ser lo que era –y a lo que estaba “destinada” teleológicamente- para ser “otra” posibilidad existencial debido, justamente, a la “fuerza” de ese impacto o punto de inflexión. Y cada uno de esos impactos, ya sea los esperados como los inesperados, irán dando forma a la especificidad de cada existencia que no por ello deja de ser social. La forma en que percibiremos la socialidad de la existencia es a partir de la comprensión de cómo se van construyendo los modos de la existencia.

En el curso de la vida, tal como lo estoy analizando, es donde se explayará, por decir así, la experiencia y, mientras vamos cursando nuestra existencia ya sea de forma típica o no, iremos desplegando nuestras *praxis* que es otra forma de entender la experiencia.

A esta altura de la ponencia, nos vamos dando cuenta, si mis argumentaciones son correctas, que no podemos “escapar” de la experiencia sencillamente porque ella es una especie de acto obligado del que el ser no puede prescindir. Quiero decir, al desarrollar nuestra existencia bajo un modo tipificado en una temporalidad cotidiana –o cotidianizada- es imposible no admitir que ese despliegue solo puede realizarse mediante las acciones prácticas que el ser realiza y que asumen la forma de experiencia; al hacerlo, no solo construye mundo sino que es construido por él.

La existencia, entonces, no sólo es continua sino que además está organizada y en ella cabe destacar la pertinencia de un sistema estratificado por edades ya

sean cronológicas o no. En este curso, hay eventos esperables e inesperables y tanto unos como los otros son indicios de esa continuidad a la que hacía referencia. El Paradigma del Curso de la Vida, además, nos indica que seguramente habrá eventos que dotarán a la existencia de trascendencia como una enfermedad invalidante, el casamiento, el nacimiento de un hijo, el tener un trabajo, el adquirir una vivienda, etc., *vg*, los puntos de inflexión (*turning point*). Cada uno de estos eventos son esperables en su forma típica y también nos indican que hay una continuidad organizada. No puedo ser primero padre y luego hijo o primero desocupado y después empleado y esta necesidad lógica es el fundamento de la continuidad organizada a la que hago referencia. Por ello es importante entender de qué se trata la temporalidad porque una vez transcurrida, no es posible deshacerla; una vez que crezco y envejeczo no puedo volver a ser joven nuevamente y, de hacerlo, caería en esa *hybris* griega origen de la tragedia. Comprender la continuidad a la que nos obliga la existencia es admitir la temporalidad de ella y la obligación de las adaptaciones vitales y existenciales. No cumplir o escaparse de estas obligaciones, no parece entrañar nada positivo para la existencia. Creer que puedo evitar envejecer por medio de ficciones como la cirugía estética es caer inevitablemente en la *hybris* trágica. La continuidad existencial es un imperativo a la adaptación y ella es, también, experiencia.

6. Experiencia y mundo de vida

Un concepto que me parece clave para entender cómo se imbrican tanto armoniosamente como conflictivamente los modos de existencia con el curso de la vida es el del mundo de vida (*lebenswelt*). Este es un concepto filosófico y analítico que fue desarrollado por Edmund Husserl en varios de sus escritos. Al principio lo llamó “mundo circundante”, “mundo primordial”, “mundo objetivo”, “mundo de vida concreto” y todos estos son sinónimos que nos dan una aproximación, y quizás mucho más, para entender que es el *lebenswelt* que tanto lo preocupaba al pensador alemán nacido en Checoslovaquia. El mundo de vida, desde la mirada que nos propone Husserl, es lo que “contiene” la existencia del ser. Dicho de otra forma, la existencia humana, entendida como un fluir en un despliegue, solo puede acaecer no solo en una temporalidad sino también en una territorialidad y la conjunción de la temporalidad con la territorialidad son las claves básicas para determinar un mundo de vida. Este “mundo primordial” y “objetivo” del que nos habla Husserl, posee los “útiles a la mano” de los que nos apropiaremos para la producción y reproducción de nuestra vida. El modo en que nos apropiamos o los producimos también colaborará en la constitución del modo de existencia.

El mundo de vida se da al entendimiento bajo la percepción intuitiva y no por la razón objetivante. El mundo de vida es lo inmediatamente intuitivo. Es “eso” que “está-allí” frente al ser y que el ser no puede excluir de sí. Es la experiencia

inmediata. Propone la inmediatez de la temporalidad y si bien incluye las dimensiones de la temporalidad –pasado, presente y futuro- no es ellas.

Hablar de mundo de vida es, inmediatamente, vincularnos con el concepto de medio ambiente. La experiencia, en consecuencia, se despliega anclándose en un medio ambiente que también la condiciona. No es lo mismo experimentar, como “vivencia de...” el hecho de ser padre en un mundo en guerra que en un mundo en paz. Lo que vincula al hecho social, es el hecho “en-sí-mismo” de la paternidad (*erfahrungen*) pero también su vivencia, (*erlebnisse*)

Si bien ese medio ambiente, tanto como el mundo, parece ser único, y de hecho materialmente lo es, con el “paso” del tiempo, va cambiando no sólo por influjo de la experiencia del hombre, sino también por las múltiples interrelaciones que se entretajan entre todos los seres –desplegando su existencia en su *lebenswelt*- cada uno de los cuales va cumpliendo su rol que, como se dijo, está asociado a una edad. De tal manera que el *lebenswelt* también es influido por la edad ya que, según la categoría etárea a la que estamos adscriptos casi obligatoriamente según nuestro “complejo cultural”, no sólo ayudaremos a definirlo sino que también seremos sujetos de sus efectos. Vuelvo a mencionar cómo, desde esta mirada, se imbrica, no sin tensiones, lo individual y lo colectivo-social. El análisis de la experiencia tal como lo estoy postulando, permite vincular desde otras miradas, las complejas relaciones entre lo individual y lo social, lo histórico, lo comunitario, etc., que es uno de los aspectos de la sociología que mayor confusión y desafío entraña no sólo para ella misma sino para la ciencia social en general.

7. Experiencia y modos de existencia. Envejecimiento diferencial

Los modos de existencia, entonces, van a estar ligados al mundo de la vida que cada ser posee y que comparte con sus coetáneos. Los diferentes mundos de vida de cada uno de nosotros, se relacionan entre sí de manera armónica y también de manera conflictiva. La existencia que se despliega en los diversos cursos de la vida, está anclada en cada mundo de vida y esta complejidad a la que aludo, es la clave para comprender cómo se da el proceso de envejecimiento diferencial. Lo interesante para la Ciencia Social, es descubrir que más allá de la particularidad a la que estoy haciendo referencia, es posible descubrir pautas generales que nos permiten identificar tipicidades que se dan en un cierto tiempo y en un cierto lugar y que nos permiten comprender, asimismo, la característica social de la vida de las personas. Estas pautas determinan lo que se conoce como el “efecto cohorte” que nos dice que diferentes personas de diferentes estamentos han estado influidas, por decir así, por los mismos eventos más allá de que cada una de ellas, o cada grupo social, los signifique particularmente. A nadie se le escapa, creo, que un evento como la dictadura militar representada por el Proceso de Reorganización Nacional en la Argentina ha afectado de alguna manera a toda una generación que fue su víctima, en este caso particular, la juventud de los años setenta. Otros

grupos pudieron haber sido afectados por la dictadura como los militantes obreros, ciertos artistas, etc., pero se debe decir que fue la juventud y, sobre todo, la juventud militante, la particularmente perseguida⁴. Para el caso del nazismo, no ha sido lo mismo haber pertenecido a la colectividad judía residente en Alemania o en los territorios ocupados que a una familia tradicional alemana. Todos los grupos se ven afectados por el evento pero el modo de existencia variará si se era judío en la Alemania nazi o joven en la Argentina del Proceso. La dictadura en Argentina y el nazismo en Alemania han producido eventos, en este caso particular la persecución cuando no el encarcelamiento o la muerte, que deben ser entendidos bajo el formato del punto de inflexión. El evento en su particularidad, ha afectado la vida singular y social del grupo que debió “desviarse” de una trayectoria típica por otra influida por el evento al que me refiero. Y si digo que debió desviarse, es porque, efectivamente, ha habido una especie de teleología como la analice en hojas precedentes. En este punto, entonces, el modo de existencia típico de una familia judía pre nazismo, debió cambiar radicalmente debido o bien al exilio o al encarcelamiento en un campo de concentración. Posiblemente en los años veinte en Alemania, nada hubiera podido anunciar al advenimiento del nazismo y las posibilidades existenciales de las familias judías no debían haber poseído, por decir así, la posibilidad del *gueto*, del campo de concentración, etc. La novedad del fascismo alemán debió ser incorporada y significada dentro del imaginario social de la población judía y, por su intermedio, al imaginario social planetario.

Finalmente, los modos de existencia cobran parte de su significado cuando los comprendemos como resultado de y en un mundo de vida.

8. Experiencia y modos de envejecimiento. La *durée*

Más allá de que cada uno vive su vida en forma singular, es también cierto que esa singularidad lo es en contraste y en paralelo con la socialidad que dicha vida despliega en su existencia. De esta manera, es posible advertir los múltiples clivajes que cada vida, entendida dentro del marco existencial, mantiene con los otros y que, en contraste con el yo y la autoconciencia que lo involucra, nos indican esa otredad indispensable para percibir la socialidad inherente que cada uno de los seres singulares posee y que debe desplegar casi en forma coactiva para ser un ser integral, es decir, socializado.

La particular mirada de la Sociología del Envejecimiento, hace su aporte al considerar que, mientras vamos viviendo en nuestra existencia –vamos “durando” diría Bergson (1973)- el ser envejece; de tal manera que el modo de envejecimiento de cada uno de nosotros, muy probablemente estará determinado por el modo de existencia que hemos ido desplegando a lo largo de nuestro curso de vida en un mundo de vida. Este es un tema importante porque nos está indicando que el modo de envejecimiento es consecuencia del modo de existencia

⁴ Para un desarrollo de esta idea Cfr.: Carassai, Sebastián (2013)

siendo este último una dimensión que cuenta con mayor independencia y que el modo de envejecimiento es una dimensión dependiente del otro. Dicho en otras palabras, de acuerdo a como existimos en esa “duración” bergsoniana, envejeceremos.

En este punto es importante destacar lo fundamental de la definición y comprensión de los puntos de inflexión que acontecerán en nuestra vida y que la harán singular. Si bien es posible pensar que un mismo evento afectará a varias personas, también es cierto que cada uno de los involucrados como testigos o actores de ese evento lo significara de variadas maneras. La experiencia significativa de un acontecimiento esperable y típico como la muerte de un progenitor, el matrimonio, la obtención de un título universitario o la compra de una propiedad, será significada diferencialmente de acuerdo al modo de existencia de cada uno de nosotros. La particularidad colectiva es que, aunque sea en forma potencial, cada uno de estos eventos puede ser considerado normal en determinados modos de existencia y anormales en otros y debido a esta consideración es que podemos hablar de tipicidades, con las restricciones que cada caso posee. Es esperable que en un curso de vida inserto en un contexto cultural temporal como el occidental, nuestros padres mueran antes que nosotros, nos casemos siendo ya adultos, nos podamos comprar una casa debido a nuestros ahorros o como efecto de una herencia, etc. esto es, en consecuencia, lo esperable. Pero también se puede dar el caso que el punto de inflexión sea inesperado como puede ser el secuestro de un hijo por causas políticas o un accidente producido por la caída de un meteorito. Si bien en el abanico de posibilidades podamos encontrar factibles este tipo de acontecimientos, toda nuestra experiencia como seres vivos, no nos brinda dicha certidumbre. Nadie espera racional y emocionalmente que un rayo lo mate.

Podemos encontrar la diferencia entre los eventos esperables y los inesperados y los dos tipos enunciados funcionarán como puntos de inflexión que impactarán en nuestra vida haciendo que esta se “desvíe” o “continúe” por decir así del trazado que venía siguiendo hasta ese evento.

9. Experiencia y saber. Experticia

Nuestro mundo de vida, entonces, no solo nos afecta como seres existenciales mediante la emergencia de los puntos de inflexión, sino que también nosotros influiremos en él de varias maneras. Esta influencia se da, básicamente, a través de nuestra *praxis* existencial, que determinará, a posteriori, una experiencia. Para el despliegue de esa experiencia, es indispensable contar con una temporalidad en donde desplegarla y ella se manifiestará, a su vez, en el mundo de la vida. Acá es pertinente, entonces, mencionar que el envejecimiento supone, por propia definición, si se quiere de manera solipsística, una acumulación de experiencia existencial. En este punto quiero ser bien claro; que el envejecimiento suponga

experiencia ni significa *vis a vis* conocimiento o saber desde el punto de vista del saber científico o saber sobre la “verdad de la vida”. Supone, eso sí, un saber experiencial, un saber existencial que involucra a la experiencia pero no necesariamente la trasciende. Lo que quiero decir lo más claramente que puedo, es que la experiencia es ya una forma de saber (Dewey 2008), porque uno involucra a la otra, pero no es necesariamente un saber útil para el desarrollo de la vida sino que es, básicamente, un saber ligado a la experiencia más primitiva, al fenómeno de “estar allí cuando sucede” y no más. Es obvio que, en la mayoría de los casos, la experiencia entraña una forma de experticia, pero esta no es una consecuencia obligada de ella. En este punto, es posible entender que, lo que significa para la experiencia, está más ligado a la noción de testigo y actor que a sapiencia. La experiencia del ser, tal como la estoy analizando, significa que ha habido una acción experiencial en el momento en que un evento aconteció, y esa acción no sólo debe significar “algo” para la conciencia del ser que fue testigo sino que, además, seguramente ingresa al campo del imaginario social compartido en virtud de la comunicación, vía el lenguaje, de ese mismo evento. No es que la experiencia reproduce y comunica exactamente el evento tal como sucedió sino que, al comunicarlo mediado por el lenguaje, lo hace de forma interpretada es decir, con un significado adherido. De esta manera, la experiencia transmitida colabora y es agente de la construcción del imaginario social compartido. Nótese que he elegido el concepto “imaginario social compartido” antes que “imaginario social común” porque lo que quiero significar particularmente es la acción del compartir y no de “lo” común. Sostengo la convicción que compartimos, en forma colectiva, un imaginario ya que cada uno de nosotros seremos actores y/o testigos de un mismo evento social y, a partir del rol o la experiencia – cómo vivencia- que tengamos la significaremos. El concepto “compartir” entonces, trasciende al de “común” porque este desconsidera las diferentes significaciones que cada uno de nosotros realizaremos del mismo evento. Desde esta posición, no es posible admitir, en consecuencia, que haya una “opinión pública”, un “inconsciente colectivo”, un “sentido común”, etc., ya que cada uno de estos conceptos desconsidera las apreciaciones y significaciones singulares que cada ser realiza del evento que lo tiene como actor o como testigo. Es a partir de la experiencia particular que cada ser tiene del evento-acontecimiento (Badiou 2010) que lo significa. Considerar que hay algo en “común” puede llevar a confundir la idea de compartir ya que, bajo lo “común” se invisibilizan las singularidades existenciales y son suplantadas por una fetichización de “lo” social.

La falsa relación entre experiencia y saber se pone de manifiesto en el trabajo de campo que se desarrolla en ocasión de realizar investigaciones en el campo de la Sociología del Envejecimiento y que se opone a ciertos mitos ya establecidos que hacen un paralelo entre vejez y sabiduría. Del trabajo de campo no surge, necesariamente, que el hecho de envejecer signifique sabiduría. Muchas veces se

encuentran testimonios de vida que dan cuenta de lo contrario. Lo que sí es posible afirmar, en base a esas investigaciones, es que haber sido testigo de un evento histórico o haber sido actor de un acontecimiento vital como el matrimonio, la viudez, la jubilación, etc. brinda al ser humano un contacto directo con esa experiencia que determina alguna forma de saber ligado, justamente, a esa experiencia –la experticia-. “El zorro sabe por zorro –dice el dicho popular- pero más sabe por viejo” en donde el sentido de este dicho, no se relaciona con el saber cognoscente sino con el saber por “haber estado allí” y experimentarlo.

Lo que no se puede negar es que, a mayor tiempo de vida en un mundo de vida, mayor es la cantidad de eventos existenciales que el ser experimentó. Esta experiencia está, a su vez, ligada a los roles que se han desplegado en esa existencia. Una persona típica que cumplió los ochenta años, muy probablemente haya sido esposo, padre, abuelo, trabajador, jubilado, se haya enfermado, etc. y cada uno de estos eventos en los que fue actor, involucró un rol en particular. La actuación como padre, abuelo, esposo, trabajador, etc. involucró un tipo particular de experiencia que, en la mayor parte de los casos, y es por ello que lo podemos tipificar y descubrir el clivaje social que he mencionado precedentemente, supone un saber ligado a la vida misma. Este es el particular saber de la vejez y que es atemporal y que comporta una especie de ligazón entre todos los viejos de todas las épocas y de todos los lugares ya que, en virtud de esa tipificación a la que hacía referencia, todos los que envejecemos en un formato típico, somos susceptibles de vivir los mismos eventos que, sin embargo, significaremos diferencialmente. Esta particularidad típica a la que aludo, ayuda a conformar los modos de existencia.

CONCLUSIÓN

Vivir supone tiempo. No es posible pensar la vida como una estática sino, antes bien, como una dinámica. Toda dinámica implica alguna forma de movimiento y el movimiento “es-en-el-tiempo”. Tiempo y movimiento están ligados uno al otro pero donde tiempo, realmente, es independiente de movimiento. Es posible pensar, en consecuencia, que tiempo es una variable independiente pero movimiento no. El tiempo puede pensarse por fuera del movimiento lo que convierte a este último en dependiente del primero. Más allá de estas primeras consideraciones, lo importante para esta ponencia es comprender la imbricación que se da entre la dinámica que supone la vida y la temporalidad que ella misma habilita. El cuerpo será testigo, si se puede decir así, del “paso” del tiempo y una prueba de esa dinámica a la que estoy aludiendo.

Cómo el ser está eyectado al mundo (Heidegger 2007) no puede escapar de él. A la vez, ya sea por su programa genético y/o por la evolución del organismo, el ser eyectado está obligado, so pena de extinguirse, a desarrollar formas eficaces de habitar el mundo. Esta eficacia se despliega de varias formas y supone ciertas

actividades para apropiarse de los “útiles-a-la-mano” con las que logra no solo su producción sino su reproducción.

Las formas de habitar el mundo que tiene el ser humano son compartidas con otras formas evolucionadas de vida pero se distinguen de ellas en que el ser humano desarrolla modos cognitivos que le permiten apropiarse de esos “útiles” no sólo materialmente sino también simbólicamente. Pero no le alcanza con apropiarse de los “útiles” porque, debido a su propia eficacia, logra poseer excedentes de ellos y así, entonces, en la acumulación y distribución, desarrolla un lenguaje y un sistema representacional en el que ya no sólo significa esos “útiles” materiales sino que también comienza a producir símbolos que le permiten crear un mundo no exclusivamente material. La capacidad de significar lo que acontece en el mundo por fuera de sus necesidades más primordiales, ha sido un hito en el camino evolutivo de los seres humanos.

Los cambios corporales devenidos del paso del tiempo e ilustrados en ciertas “marcas” como el abandono de la lactancia, el control de los esfínteres, aprender a caminar, a hablar, crecimiento de vello, preñez, etc., le han indicado al ser humano que la vida es un transcurrir dinámico y, en consecuencia, unido a esa capacidad de significar producto de su evolución neurológica y cognitiva, crea, por decir así, un sistema significativo para dar cuenta de esos cambios. Ese sistema significativo es, para el tema que nos ocupa, el sistema estratificado de edades.

Es estratificado porque adscribe a cada uno de los miembros de la comunidad en un nicho (estrato) específico y singular. Cada nicho, como lo estoy analizando, corresponde con una “marca” especial cuya definición y significación es atributo exclusivo de cada sociedad en particular. Lo interesante de este análisis es indicar que cada sociedad se da su propio sistema estratificado de edades donde podemos ver que se liga con el modo de producción de esa sociedad. Las sociedades cazadoras como la guaycurú, adscribe a sus miembros de acuerdo a los saberes necesarios para la caza, la sociedad agricultora zoque de México lo hace en relación al recorrido del sol en el día y así, entonces, es posible advertir que cada sistema estratificado de edades no es una elaboración casual sino que cumple con la función de significar los cambios corporales y cognitivos de cada miembro. Al mismo tiempo, lo que también es interesante de remarcar, la adscripción a una edad también indica el rol que se debe cumplir. Un niño deberá hacer “cosas” de niños, aunque estas “cosas” difieran de sociedad en sociedad, un adulto deberá hacer “cosas” de adultos, los viejos “cosas” de viejos, etc. Así, entonces, el sistema estratificado de edades y los roles asociados a ellas, son formas legítimas de expectativas de rol lo que dota de predictibilidad ciertos acontecimientos sin evitar, sin embargo, el cambio social. Cada individuo está enmarcado en una edad pero, con el cambio social, sobre todo con el cambio en la forma de producción, es esperable que también cambien las expectativas de roles para cada edad. Asistimos así a ese cambio en las expectativas de roles que

cada edad porta. Debido a ello, hoy no se espera que un niño acompañe a su padre al campo a aprender los saberes rurales pero sí se espera que asista al colegio y se forme para su futuro. La denominación de la edad sigue siendo la misma debido a la misma “marca” corporal, pero la expectativa de la acción ha cambiado y, muy probablemente, el rol.

Una vez que se ha establecido la situación del ser como eyectado al mundo cabe analizar, ahora, como se manifiesta esa eyección.

Al estar “en-el-mundo” el ser está obligado a actuar de alguna forma. La propia dinámica que supone su condición vital-existencial es la condición de su *praxis*. Desde que el ser nace, no puede evitar actuar de alguna u otra forma, de tal manera que la acción que se desarrolla “en-el-mundo” es la condición básica de la existencia.

Una de las varias formas de entender el despliegue de esa *praxis* a la que estoy haciendo referencia es por medio de la experiencia.

La experiencia, tal como la vengo analizando, presenta tres caras.

1. La experiencia directa (*erfahrungen*): experimentación del mundo *vis a vis*. El contacto con el mundo es directo, con poca o ninguna mediación.
2. La experiencia subjetiva (*erlebnisse*): Este “tipo” de experiencia, según Heidegger analizando a Hegel, es “...el ser de la conciencia” (Kogan 1996:233). La experiencia es el aparecer de la conciencia a sí misma.
3. La experiencia como un modo de saber (Dewey): Es la experienciación del mundo.

Mi propuesta de análisis, incorporando estas tres miradas con respecto a experiencia, está fuertemente influida por Walter Benjamin, Heidegger y Dewey en el sentido de que la experiencia es un modo de estar “en-el-mundo”. Este modo es uno de los modos de existencia.

De tal manera que, cuanto más edad tengo, es posible admitir que he cursado ya, mucho más roles de los que han cursado los que no tienen mi edad y he tenido más experiencia del mundo de los que han tenido ellos. Pero que haya cursado más roles y haya tenido más experiencia no significa que haya adquirido más saberes del mundo sino que solamente indica que he sido actor de eventos esperables que, los que no han alcanzado mi edad, no han vivido. Lo que quiero decir es que, una persona que ha cumplido ochenta años y ha vivido una vida en su forma típica ha sido: hijo, alumno, joven, adulto, padre, abuelo, etc., ha sido actor-testigo de eventos sociales como guerras, conflictos sociales diversos, crisis económicas y políticas, etc., eventos naturales como inundaciones, erupciones volcánicas, tsunamis, etc., y si bien ninguno de estos eventos entraña por sí mismo un saber de tipo científico en su calidad de certero, nadie puede evitar que

esa persona de ochenta años haya sido testigo de esos eventos y este es el saber que entraña la experiencia tal como la he analizado en esta ponencia.

Finalmente, esta es la relación que he pretendido analizar. Mi propuesta es, entonces, incorporar al estudio del envejecimiento, el marco filosófico que propone la fenomenología, el existencialismo y el pragmatismo porque nos brindan algunos conceptos que nos ayudan captar el desarrollo, como fluir, de la dinámica vital la que, obligatoriamente por decir así, impacta en cada uno de nosotros. Esta mirada trasciende, creo, el margen del campo filosófico y es un interesante insumo para la Sociología del Envejecimiento porque es posible encontrar tipicidades en los modos de existencia de los seres que envejecen, lo que nos da también como gerontólogos una clave para entender qué es el envejecimiento diferencial, sino también, las regularidades empíricas implícitos en esas tipicidades de las que debemos dar cuenta.

Creo que la incorporación de estas propuestas filosóficas, entraña no sólo un desafío al campo de la Sociología del Envejecimiento sino que también son un aporte a la comprensión del fenómeno del envejecimiento humano y cumplen, además, con la obligación que tiene nuestra disciplina de incorporar interdisciplinariamente, los aportes que otros campos nos hacen.

Bibliografía

- Badiou, Alain (2013): *La filosofía y el acontecimiento*. Amorrortu. Bs. As.
- Bergson, Henri (1973): *La evolución creadora*. Espasa Calpe. España.
(2013): *El pensamiento y lo moviente*. Cactus. Bs. As
- Bourdieu, Pierre (2007): *El sentido práctico*. Siglo XXI. Bs. As.
- Cabot, Mateu (2014): *SOBRE LOS MEDIOS TÉCNICOS Y LA RENOVACIÓN DE TRADICIONES. Walter Benjamin y el concepto de "experiencia", pensado desde la Estética*. http://www.mateucabot.net/pdf/cabot_benjamin_tradicion.pdf. Diciembre 2014.
- Carassai, Sebastián (2013): *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*. Siglo XXI. Bs. As.
- Dewey, John (2008): *El arte como experiencia*. Paidós. Barcelona.
- Di Gregori, María C y López, Federico (2014): *Regreso a la experiencia. Lecturas de Pierce, James, Dewey y Lewis*. Biblos. Bs. As.
- Grimson, Alejandro (2011): *Los límites de la cultura*. Siglo XXI. Bs. As.
- Heidegger, Martín (2007): *El ser y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica. Bs. As.
- Kogan, Jacobo (1996): *Temas de filosofía. La belleza, el bien, el hombre, la realidad*. Biblos. Bs. As.
https://books.google.com.ar/books?id=mgmSfv6L9_IC&pg=PA219&lpg=PA219&dq=heidegger+y+su+concepto+de+experiencia&source=bl&ots=XzG5h3Pgrl&sig=QDA0pN0kcghDfVJbRZKVsO4pRYo&hl=es&sa=X&ei=-UWUVIKdOcS1ggSj14HICg&ved=0CBwQ6AEwAA#v=onepage&q=heidegger%20y%20su%20concepto%20de%20experiencia&f=false. Diciembre 2014.
- Lifszyc, Sara (Comp.) (2001): *Sociología. Unidad 1: Vida cotidiana*. Cbc Común. UBA. Gran Aldea editores. Bs. As.
- Wolf, Mauro (1979): *Sociologías de la vida cotidiana*. Cátedra. Colección Teorema. Madrid.